

UN ESFUERZO CONTRA LA EXCLUSIÓN: MUJER, MODERNIDAD Y CULTURA DEPORTIVA (GALICIA 1880-1940)

Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA
Universidade de Santiago de Compostela

Al igual que sucede en otros territorios europeos, en la Galicia que finaliza el siglo XIX, el integrismo, ya sea desde una vertiente cultural o religiosa, está enraizado en amplios sectores de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, crecen de forma exponencial las voces que se rebelan contra parte o la totalidad de los valores que esta concepción del mundo proyecta en la vida privada y pública. En una prensa diseñada y destinada cada vez más a un mayor y diverso número de consumidores, asoman argumentos que, sustentados en un nuevo concepto de civilización o en un penetrante ideario de modernización y modernidad –muy presente desde la década de los noventa– intentan socavar conductas hasta ahora aparentemente inamovibles y con ellas los cimientos de una sociedad eminentemente excluyente. En el amplio grupo de excluidos, independientemente de su condición socioeconómica, se encuentra el género femenino, ya que basta ser mujer para quedar al margen o en situaciones de inferioridad en la mayoría de los espacios de socialización o sociabilidad del momento. Lastre que se incorpora a la nueva centuria y que, incluso, se manifiesta en el pujante movimiento asociativo de principios de siglo. Así, en un asociacionismo que se está convirtiendo en elemento de transformación social y pieza clave para la construcción de la sociedad civil y la ciudadanía (Domínguez Almansa, 1997; Miguez, 2007), no faltan ejemplos en los que, a pesar de permitir la incorporación de la mujer a estos nuevos escenarios, ésta carezca en ellos de voz y voto (Domínguez Almansa, 1997).

Desde la sociedad finisecular se proyecta al nuevo siglo un debate, muy visible en los medios de comunicación, entre quienes proclaman y aseguran demostrar científicamente “la indigencia espiritual del sexo femenino” (Nóvoa, 1908) y quienes sostienen que “no le es dado a la mujer esclava formar hombres libres”¹. Pero esta controversia se manifiesta en un contexto complejo. No es producto de un enfrentamiento entre mujeres y hombres, ni entre integristas y progresistas, porque, si bien esas variables están muy presentes, la realidad es que en la incipiente lucha por la redefinición de la mujer en la sociedad se compromete una parte del género masculino. Dado las mayores facilidades de los hombres para publicar obras o artículos en prensa, se suman a las mujeres

¹ Almanaque de Galicia 1899, p.77

para que no falte “quien se encargue de contaros vuestra historia, de escribir vuestro presente y de enseñaros las leyes más que probables del porvenir”². Actitud que escandaliza a amplios sectores de ambos géneros, ya que son abundantes las mujeres que abominan o recelan de las posturas emancipadoras; incluso las que, beneficiadas por este contexto, abogan desde publicaciones femeninas para que la mujer no aspire a ser “una entidad sabia, sino una perfecta ama de casa o una madre cariñosa y preciosa”³. Por otra parte, entre los hombres el no compartir el universo ideológico del integrismo, o estar situados bien en posiciones liberales o las más proclives a la emancipación de la humanidad, no siempre lleva aparejado tomar una postura contra la exclusión de la mujer. De hecho, los discursos de quienes defienden la completa igualdad entre géneros en la vida social, tienen una clara orientación pedagógica, encaminados a exponer a otros hombres la tesis de que la clave del progreso venidero pasa por la liberación de la mujer de la opresión.

Este embrionario proceso de transformación transcurre en paralelo a otros que forman parte del mismo discurso de huida del atraso. Uno de ellos es el de la necesidad de incorporar la cultura física entre los hábitos de la ciudadanía, que dará paso a la irrupción del deporte –*sport*, en lenguaje fin de siglo– como un estilo de vida moderno (Domínguez Almansa, 2009). De esta manera, ambos procesos –mal recibidos entre los sectores más retardatarios o generacionalmente incapaces de adaptarse a los nuevos tiempos– van a encontrarse. Encuentro que, como acontece en el común de Europa, se producirá mediante consensos que favorezcan la integración de la mujer en el ámbito de la actividad física y, a partir de aquí, poder alcanzar nuevas metas. Teniendo siempre en cuenta que el deporte en general y muchas prácticas deportivas en particular, son extensamente aceptadas como esferas propias y exclusivas de la masculinidad.

El primer acercamiento del género femenino a la cultura deportiva se desenvuelve en sincronía con otro tema muy presente en la sociedad del momento. La oposición al uso del corset, surgida en un contexto internacional en el que se produce una mayor valoración de la ciencia y un dominio de las corrientes higienistas. La idea de modificar o eliminar una prenda que viene durante generaciones constriñendo el cuerpo de las mujeres, comienza a suscitar importantes acuerdos, beneficiosos para que su uso sea ya casi obsoleto entre las nuevas generaciones de la primera década del siglo XX (Shorter, 1984), lo que diversos autores contemplan como un primer paso hacia la emancipación de la mujer (Birley, 1993).

² Ibid.

³ Así lo proclama una revista dirigida por una mujer de temática femenina, como *El Ángel del Hogar*, 15-7-1894.

Pero la simple eliminación de la primacía de los corsets no satisface a quienes aspiran a una mayor libertad de movimientos para la mujer, impedidos también por unos vestidos muy aparatosos y unos modelos de vida en exceso caseros, sedentarios y ociosos, que Concepción Arenal (1883) califica como una combinación de “las rancias preocupaciones españolas con los figurines franceses”. La propia Arenal, como una de las voces femeninas más acreditadas de su tiempo, a la vez que denuncia ropas y confinamiento doméstico, propone la necesidad del ejercicio físico como garantía de salud para la mujer. Aspiración que, en las postrimerías del siglo, comienzan a tener para sí un significativo número de hombres, que dan inicio a un proceso sin precedentes de inmersión en una cultura física que llega con notoria demora respecto a una buena parte del panorama europeo, pero lo hace para quedarse, desafiando las viejas tradiciones patrias (Domínguez Almansa, 2009, 2011).

De la mano de una burguesía urbana, más innovadora en sus proyectos económicos, culturales y espirituales, van constituyéndose las primeras sociedades o centros dedicados a la actividad física, con la gimnasia como núcleo pero dando cabida también a la esgrima y con clara pretensión de readaptar prácticas existentes e incentivar o dar una buena acogida a nuevas disciplinas, de las cuales el ciclismo será la primera en ser incorporada.

En estos proyectos, muy apegados tanto a la idea de progreso como a una concepción más progresista de la sociedad, van a ser incluidas las mujeres. Así, a partir de la década de los ochenta pueden acudir adultas y niñas a los gimnasios con fines terapéuticos, educativos y estéticos. Terapéuticos porque la gimnasia, contemplada con el optimismo que generan los avances de la ciencia, es tomada como un remedio para combatir males propios de la sociedad del momento, algunos atribuidos en exclusiva a la mujer, como la famosa y no menos mítica histeria, o la debilidad que, como madres en potencia, puedan trasladar a su futura descendencia. Educativos porque se considera necesario formar a la mujer para que esta enseñe a sus hijos e hijas, ya desde la primera infancia, los principios de la educación física. Estéticos porque la liberación del cuerpo femenino en aras de la salud lleva también aparejada una redefinición de sus medidas y proporciones, atacando símbolos de belleza como el largamente ensalzado cuello de cisne, denostado ahora por quienes lo contemplan como un perjudicial síntoma de debilidad.

Un hecho transcendental para la introducción de la mujer en el ámbito de la cultura física es la pronta asistencia de niñas a los gimnasios, ejercitándose en muchos casos en compañía de niños, lo que permite establecer otros modelos de convivencia y asentar las bases para que una nueva generación de mujeres de la burguesía vaya ocupando con normalidad las calles, dándole un llamativo aspecto de transformación a las ciudades en las que viven (Insua, 1889). Al mismo tiempo, algunas jóvenes deciden ir más allá de los ejercicios gimnásticos

practicados en el ámbito privado y, al igual que está sucediendo en Europa, se muestran en público sobre un símbolo juvenil de modernidad como es la bicicleta, cuyo uso es alentado por el creciente movimiento feminista internacional, identificándolo con la lucha por la liberación y la igualdad (Weber, 1986).

En una España o una Galicia en la que, hasta fechas recientes, las mujeres sobre bicis sólo podían ser vistas en espectáculos acrobáticos, la prensa comienza a divulgar la existencia de ciclistas femeninas, aplaudiéndose en muchos casos su apuesta pero indicando que “la discreción nos veda adelantar por ahora sus nombres, ni siquiera sus iniciales”⁴. Actitud comprensible en una sociedad en la que menos de una década atrás la irrupción del ciclismo había provocado incendiarias críticas y en la que aún están muy presentes los que abominan tanto del éxito del sport entre la juventud como de que las jóvenes prefieran la compañía de los deportistas⁵. Preferencia no solo atribuible a la moda, sino que se explica porque es en este sector del mundo masculino donde surgen las voces que apoyan el derecho de la mujer a montar en bicicleta, con lo que eso conlleva, comenzando por mostrar los tobillos en público o la utilización de ropas más adecuadas, aunque indecorosas para la moral dominante, algunas de las cuales acabarán formando parte de la moda internacional, como los pantalones turcos (Nucci, 1986). Un atentado a los férreos valores considerados tradicionales que el impulso de una primera generación de mujeres jóvenes, deportistas y modernas, contribuye a debilitar. Ellas no organizan ni forman parte de sociedades ciclistas, tampoco participan en competiciones, pero su apuesta por utilizar una máquina que aúna cultura deportiva y modernidad trasciende lo estrictamente deportivo, es una nueva actitud vital a corto plazo exitosa, ya que llevará a que, en los inicios del siglo XX, los crecientes negocios de alquileres de bicicletas puedan contar con la mujer como cliente habitual.

El *sport* en la década de los noventa, más que un pasatiempo de moda, una competición agónica o un espectáculo, hay que entenderlo como un nuevo estilo de vida que un espectro de la juventud burguesa española o gallega comienza a implantar, legándolo a las nuevas generaciones del primer tercio del siglo XX, que lo adoptaran identificándolo con la modernidad. Las precauciones del momento a la hora de abordar el tema de las pioneras ciclistas han imposibilitado el conocimiento de sus identidades. Una excepción es el caso de Gloria Pontanari, cuya afición es fomentada por su propio padre, Atilio Pontanari, hombre de gran reputación en Pontevedra, A Coruña y Vigo, que partiendo del mundo del circo ha ido ascendiendo en el escalafón social gracias a sus conocimientos en gimnasia, pesas y ciclismo, lo que ayuda a explicar los nulos prejuicios del padre hacia la práctica ciclista de la hija y la difusión, con

⁴ Esta dinámica puede apreciarse de forma reiterada en La Voz de Galicia, 5/8/12-5-1896.

⁵ Equis, “Chifladuras: sport”, Don Pepito, 9-11-1890.

menos reservas, del nombre de ésta en la prensa por parte de los partidarios de la primera manifestación deportiva mostrada en la vía pública, deseosos de que cunda el ejemplo entre las mujeres.

La concepción del deporte como un elemento de identidad de la incipiente cultura juvenil facilita que cale en un espectro más amplio de la sociedad. Así la cultura física, aderezada también con nuevos discursos como el regenerador o el culto a la obediencia y al sacrificio, va dejando de ser la apuesta de una burguesía emprendedora para expandirse entre otros colectivos bien situados en el escalafón social o, de forma paulatina, entre los grupos subalternos. Entre estos, en lo que concierne a la mujer, desempeñan un papel destacado las modistas. Colectivo amplio y heterogéneo, que configura en el plano económico un conjunto diverso, pudiendo oscilar entre la clase media acomodada y situaciones mucho más precarias. No pocas de estas últimas provienen de la propia clase media, cuya visión del futuro de las mujeres comienza a ser denunciada por quienes las consideran víctimas de una pésima gestión paterna que, sin poder proporcionarles una seguridad económica “las dejan aguardar tranquilamente un porvenir dudoso (...) considerándose el matrimonio una carrera, se sigue a todo trance” y las que no lo consiguen “pueden quedar sujetas a los rendimientos del trabajo de la aguja”. Para evitar esto, “enseñarles una profesión que sirva a la mujer para adquirir su independencia”⁶.

Ejemplo de la vinculación de este colectivo a la cultura física es el de las “modistillas” viguesas, que encuentran en la gimnasia y en el alquiler de bicicletas los días festivos nuevos espacios de ocio y sociabilidad (Domínguez Almansa, 2009). También los encontrarán en los balnearios marítimos, que no dudan en anunciar en la prensa ofertas para atraer nuevos usuarios y donde, como una extensión de los higiénicos baños de mar, tiene su inicio la natación y los cuerpos se exhiben con mayor libertad. Y, por supuesto, en el fútbol, como espectadoras, deporte que tiende hacia una acelerada popularización, beneficiada por los poderosos sentimientos identitarios que congrega⁷. Incluso no quedarán las mujeres al margen de los crecientes episodios de violencia que se van produciendo en torno a las competiciones futbolísticas. Así, al recordar la década de los diez, el reconocido ex jugador del Celta Pinilla, a pesar de negar la creencia popular de que sus hermanas llevaban “armas” al campo, acepta que “tenían unas aficiones locas y solo bastaba cualquier mínimo detalle para que por ellas se armara la bronca... Recuerdo... que una vez le dieron una paliza a Emilio Ruiz, el portero fortunista que hizo época”⁸.

⁶ Artículo reproducido del diario La Andalucía. Torres Campos, R. “Las profesiones de las mujeres de las clases medias”. Faro de Vigo, 3-7-1880.

⁷ Sobre el paso de la mujer de espectadora a protagonista han incidido también autores como Bahamonde (2011) o Pujadas (2011).

⁸ Entrevista a Pinilla en Imán, 28-3-1946.

Las mujeres de las clases altas, aunque con otras actitudes, comparten con las demás su creciente asistencia al fútbol en las décadas iniciales del siglo XX, pero, al mismo tiempo, se vinculan a prácticas deportivas que, más allá de su consideración como actividad físico-competitiva, forman parte de un estilo diferenciado y exclusivo de vida, gozando de un consenso social que les confiere una reputación y las hace aceptables para el género femenino. Desde esta perspectiva el patinaje –*skating* en ese contexto– y el tenis –*lawn tennis*– llevados a cabo sin gran desgaste físico, se convierten en símbolos de la cultura deportiva femenina.

Muestra de su aceptación es que, a diferencia de lo acontecido con las pioneras ciclistas, los nombres y logros de patinadoras y tenistas son difundidos y loados en la prensa. Así en la etapa de máximo apogeo del *skating* entre la alta sociedad coruñesa, se ensalzan los nombres de “las encantadoras señoritas de Rodríguez Brazón, Olmos Losada, Blanco Rajoy, Más y Tenreiro”⁹. Junto a acompañantes masculinos, evidencian su dominio de los patines ejecutando multitud de figuras en una pista acondicionada en el transformado Teatro Circo Emilia Pardo Bazán, prácticamente lleno los jueves y domingos, lo que obligará a establecer dos horarios para patinar, haciéndolo primero niñas y niños y luego hombres y mujeres.

En el caso del tenis, las mujeres, al igual que en el fútbol, comienzan a participar como un público destinado a hacer más lucidos con su belleza los denominados *garden parties*. Sin embargo, iniciada la década de los diez, ya son comunes sus adiestramientos en los parques de *sport* de las principales sociedades deportivas, con el fin de obtener mejores resultados en torneos en los que actúan como organizadoras y competidoras. Esto va a permitir mostrar a la mujer su capacidad en el ámbito de la competición deportiva y, a medida que el tenis va dejando de ser un simple pasatiempo elegante para consolidarse como una práctica más exigente, las tenistas gallegas alcanzan comparativamente un nivel superior al de sus homónimos masculinos. Avanzada la década de los veinte, cuando el tenis femenino ha experimentado una transformación con la figura de la campeona Suzanne Lenglen, comienzan a valorarse y reconocerse a las pioneras gallegas, especialmente a la viguesa María del Río Gutiérrez, joven y rica viuda que, además de conducir un potente Rolls, “hizo que tal deporte tuviera aficionados numerosos entre los jóvenes de la alta sociedad viguesa”, convirtiendo la finca de su propia residencia en lugar habitual de citas deportivas¹⁰.

Si en la década de los diez las mujeres muestran alcanzar en el tenis un mayor nivel que los hombres, durante la Segunda República se va a dar una situación similar, esta vez con el hockey como referente. Pero ahora con un volumen de

⁹ La Voz de Galicia, 22-1-1906

¹⁰ Los Deportes, 11-12-1927.

participantes mucho mayor, que, al mismo tiempo, practican otros deportes como la natación o el remo; un tejido asociativo fuerte y en expansión; un entramado competitivo oficializado en campeonatos con dimensión estatal; y con la presencia de mujeres de importante valía deportiva e intelectual, que transforman en muchos aspectos el panorama del deporte femenino. No sólo organizando equipos de mujeres con gran nivel competitivo que, según ellas mismas reseñan en la prensa, sitúan a Galicia en la cúspide del hockey femenino del territorio español, sino también participando en puestos importantes de las directivas de clubs mixtos o en la propia federación gallega de hockey¹¹.

Con antecedentes poco sólidos, el hockey, como actividad nuclear en clave deportiva de una nueva función de la mujer en la sociedad, tiene un poderoso despegue en el año 1933, fecha en la que, como un metafórico preámbulo a la consecución del derecho al voto femenino en España, irrumpen en Vigo y A Coruña los primeros clubs, con una participación joven y creciente. Así lo evidencia el Ártabro H. C. coruñés, que arranca con 30 mujeres de 17 a 20 años, activas tanto en la práctica deportiva como en el la primera contienda electoral en que la mujer puede tomar parte¹². Ya en 1934 son comunes los equipos de hockey tanto en las dos principales ciudades gallegas como en Vilagarcía o Pontevedra¹³. Incluso donde aún no los hay, el interés en esta modalidad en la que se suman mujeres y una competición, no exenta de muestra de dureza, es amplio, como lo demuestra la invitación hecha, ya en 1933, a los clubs vigueses Atlántida y Vértice para acudir a celebrar un partido en las fiestas de Ourense¹⁴. Al mismo tiempo, la prensa local va destacando figuras del deporte femenino dignas de mención y, por tanto, de ser entrevistadas en sus páginas, en las que ellas no solo muestran una faceta deportiva sino que exhiben sin pudor sus preferencias políticas u opinan sobre diversos aspectos de la sociedad en la que viven. Algunas de estas notorias deportistas en la ciudad de Vigo son María Antonia Sanjurjo Aranaz, fundadora, directiva y jugadora del Atlántida, verdadera impulsora del hockey en Galicia y mujer de importante trayectoria intelectual (López Villar, 2012)¹⁵; Anita Bakker, presidenta del Vigo H. C., de padre alemán, que habla cuatro idiomas y se declara ferviente partidaria del nazismo, mostrando una cruz gamada como adorno personal¹⁶; o Emilia Docet, de familia con importante actividad deportiva y que, aun siendo su hermana mejor jugadora que ella, además de directiva de la S. D. Vértice, goza de gran fama al ganar el concurso de miss España en 1933, trasladando a la ciudadanía la imagen de una mujer bien dotada en el

¹¹ Entrevista a María Antonia Sanjurjo, El Pueblo Gallego, 7-1-1934.

¹² Auto Aéreo Club de Galicia, diciembre 1933.

¹³ Sprint, 11-6-1934.

¹⁴ El Pueblo Gallego, 9-6-1933.

¹⁵ Ver también charla de María Antonia Sanjurjo con El Pueblo Gallego, 11-7-1933.

¹⁶ El deporte femenino en Vigo, El Pueblo Gallego, 18-2-1933.

plano físico e intelectual, con capacidad para expresar opiniones propias, ya sea sobre los hombres, declarando no gustarle “esos alfeñiques acicalados que no piensan más que en el arreglo de su persona y en su afectación, como muchas mujeres”, o sobre la política, declarándose republicana y galleguista y no dudando en reunirse con figuras del galleguismo de la talla de Antón Villar Ponte o Suárez Picallo, llegando a significarse en algún importante mitin en compañía del mismísimo Castelao¹⁷.

El hockey femenino es una práctica hegemonizada por las hijas de una burguesía que, independientemente de su posición ideológica, asume y acepta el impulso de la modernidad; también lo son la natación o el remo, aunque permiten, más allá de la vía asociativa, participaciones individuales mucho más abiertas socialmente, como rememoran las hijas de la propietaria de una modesta casa de comidas, cuyos hermanos les construyen una canoa, con la que practican asiduamente, participando y ganando algunas competiciones populares¹⁸. Y también se produce en estos colectivos la paulatina práctica de un deporte tan popular y asociado a lo masculino como el fútbol, del que comienzan a constituirse, de manera informal, algunos equipos, dejando, en pocos casos, testimonios fotográficos, como el organizado por un grupo de jóvenes de Ribadeo¹⁹. Aunque la incipiente práctica del fútbol femenino en un sentido social se manifiesta avanzada la etapa republicana, existen evidencias de que ya se estaba alentando e intentando llevar a cabo más de una década atrás. Así, un cronista de la publicación *Vida Deportiva* informa en 1920 que “entre varias modistillas se está formando un equipo de football. Nos alegramos mucho de que esto sucediese”²⁰. En 1934, en la revista del Auto Aéreo Club de Galicia, pródiga en alentar y dar cobertura al deporte femenino, recuerdan, ensalzan y reproducen la imagen de la coruñesa Irene González –muerta prematuramente y sin recursos– atribuyéndole el honor de haber sido “la primera futbolista de España”, capaz de organizar su propio equipo, Irene F.C., del que fue portera y única mujer.

La presencia cada vez más notoria, en términos cuantitativos y cualitativos, de la mujer en el deporte durante el período de la II República es explicable como producto de un proceso de maduración que tiene su inicio en las postrimerías del siglo XIX y se hace imparable tras la Primera Guerra Mundial. Es un desarrollo en el que la mujer va adoptando nuevos roles en la sociedad y que tiene su punto álgido con la conquista de unos derechos que le confiere la legislación republicana, caso del divorcio o el voto. Junto a esto se está produciendo una mayor y más notoria participación en el ámbito laboral, alentándose

¹⁷ Como ejemplo de su protagonismo y sus opiniones, ver *El Pueblo Gallego*, 12 y 14-2-1933.

¹⁸ Entrevista 2016 a Isabel y Carmen Cabaleiro Lago, realizada por Andrés Domínguez Almansa. Vigo, 2006. Fondo Cabaleiro Lago. Proxecto Interuniversitario *Nomes e Voces*.

¹⁹ Documento depositado en Fondo Pillado Rodil. Proxecto Interuniversitario *Nomes e Voces*.

²⁰ *Vida Deportiva*, 27-3-1920.

su trabajo fuera del hogar y divulgándose algunos logros colectivos como, por ejemplo, su éxito en las oposiciones al cuerpo auxiliar del Ministerio de Gobernación, iniciados los años veinte²¹. También, al igual que acontece en el conjunto del mundo occidental, la mujer participa con más decisión y oportunidades de un estilo de vida *sport*, que está dando al traste con infinidad de prejuicios sociales, muy notorio además entre sectores de la burguesía y clase media, que se despegan de valores muy vigentes hasta fechas muy recientes. Así, las mujeres “se hacen servir whisky and soda y fuman cigarrillos Philip Morris entre las estridencias del Jazz... y la juventud odia las antiguas fórmulas sociales, ama el fútbol y el boxeo, llama cursis a Campoamor y a Becquer”²². Para la vida diaria se acortan faldas y estrechan blusas, y en la playa y los eventos deportivos bañadores y ropas se diseñan para la función que deben cumplir, no para tapar el cuerpo, a la vez que se va produciendo una tendencia a redimir a la mujer del estricto mantenimiento de la castidad, “vinculando el honor femenino en otra parte más segura: en el terreno del espíritu” (García Martí, 1921).

Evidentemente, todas estas cotas de libertad, en conjunto o en parte son difícilmente cuantificables y, con seguridad, no son aceptadas por diversos sectores de la sociedad, cobrando los más integristas nuevos bríos al perseguir la extirpación de todas estas costumbres que atentan contra su moral, considerada única. De ahí que, antes de que el lema “Santa Cruzada” se de a conocer como parte del discurso justificador del golpe militar de 1936 y la consiguiente guerra civil, comienza a divulgarse como una necesidad que se impone “en pro de la modestia cristiana para defender el augusto alcázar del pudor, seriamente amenazado por los trajes indecentes, que en nuestros días han llegado a extremos inconcebibles” (Figueiras, 1931). A este respecto, los deportes son señalados de manera especial, poniendo énfasis en el interés que despiertan en las “niñas bien”, que se despojan “de su indumentaria, ya bastante escasa, para ¿vestirse?, no, para desnudarse de una forma la más obscena que darse puede” (Figueiras, 1931).

Lo extranjerizante como sinónimo de antiespañol; lo moderno como inoculación de vicios indecentes; y lo liberal como símbolo de decadencia forman parte de un discurso latente durante todo el proceso de deportivización de la mujer en Galicia. Se intensifica considerablemente entrados los años veinte, cuando ésta se lleva a cabo en consonancia con posturas abiertamente liberadoras de su condición social y se erige en dominante e incontestable con el éxito de los sublevados tras el golpe militar de 1936. Es un nuevo escenario abiertamente represivo en el que, por supuesto, no solo se dirimen cuestiones políticas, ya que supone un cambio radical de la propia concepción de la sociedad y de la

²¹ El Compostelano, 29-1-1929.

²² Auto Aéreo Club de Galicia, agosto 1934.

ciudadanía, y finiquita los valores de liberación individual que se habían ido consolidando durante más de treinta años, al compás del desarrollo de un sistema liberal escasamente articulado en un sentido democrático y con graves carencias en cuanto a una redistribución más equitativa de la riqueza, pero tolerante con la formación de una ciudadanía más abierta en sus principios morales o éticos y con más canales para la participación social.

Un proceso en el que se integraron y salieron favorecidas las mujeres, las cuales van a perder ahora no solo sus derechos políticos sino buena parte de sus conquistas sociales en un nuevo marco que combina como elementos dominantes el ideario militarista, las veleidades fascistas y el integrismo católico²³.

En un escenario represivo sin precedentes, se trunca, de forma rápida y abrupta, la exitosa evolución del deporte ante la mirada resignada de un falangismo que intenta suplir, sin conseguirlo, el papel desempeñado por la sociedad civil (Domínguez Almansa & Pujadas, 2011). Si esto acontece con el deporte en general como práctica social y cultural, se hace más evidente al aplicar una perspectiva de género, ya que el desarrollo del deporte en el ámbito femenino se halla en una fase menos madura y por lo tanto más sensible a cualquier contingencia adversa, especialmente si, como acontece específicamente con la mujer, el discurso dominante y, en la práctica único, sobre su misión en la sociedad y en el deporte cambia radicalmente. Así, ya en 1937, en una Galicia en la que se están poniendo los cimientos del régimen venidero, en el diario *El Compostelano*, un artículo con el significativo título de “Reflorecimiento”, arenga contra las modas impúdicas y la masculinización de la mujer²⁴.

La sección femenina tiene un gran protagonismo en la tarea de articular la participación de la mujer en el deporte, velando también para que, como futura madre, cumpla con la labor que le es encomendada, que pasa por los ánimos al combatiente, la conservación y educación en los valores tradicionales y religiosos y la obediencia al marido. Y como “regidoras de la nueva generación” o “forjadoras del imperio” es necesario “desterrar para siempre el mal gusto de copiar las modas del extranjero, pues para eso sois puramente españolas”²⁵. Esta ruptura con el pasado reciente, que va a dar al traste con los planes deportivos del falangismo, da una vuelta de tuerca a inicios de la posguerra cuando la Sección Femenina se proponga la “creación de una gimnasia pura española”, “liberada de acentos exógenos” y que “logre una estilización genuinamente nacional”, con música española e inspirada en “los variados bailes de las regiones españolas”²⁶. Se inicia otro período y durante décadas la mujer tendrá

²³ Sobre el deporte en España desde la posguerra a los inicios del desarrollismo ver Santacana, 2011.

²⁴ Número del 1 de junio.

²⁵ Artículo firmado por Mariloly de la Sección femenina del SEU, “Feminismo imperial”, *El Compostelano*, 31-1-1939.

²⁶ Fernández Barreira, D. “Por una gimnasia española”, *Hoja del Lunes de Vigo*, 31-5-1941 p.4

más acceso al baile regional que a la gimnasia o la totalidad del deporte... Enaguas, pololos o mantones marginarán de los actos públicos al maillot.

LA MEMORIA PERDIDA

La lectura de este texto habrá provocado, sin duda, cierto estupor o desconcierto en un buen número de lectores poco familiarizados con las investigaciones más recientes en el ámbito de la historia contemporánea gallega o española. En ellas, frente a la idea del atraso, se ha venido poniendo el acento en los procesos de cambio y transformación que vivió la sociedad española durante el primer tercio del siglo XX. En el caso que aquí nos atañe, se ha contemplado el deporte como una inmersión de la sociedad gallega en la modernidad y en un mundo más abierto y plural, conectado con lo que acontece en las sociedades occidentales. La sociedad civil, durante décadas, va construyendo un importante asociacionismo amplio tanto en participación como en disciplinas deportivas. Este movimiento no excluye a la mujer, que con su propio impulso y el apoyo de crecientes sectores masculinos, va ganando espacios de protagonismo y libertades en la sociedad. Evidentemente, en comparación con lo que está sucediendo en otros contextos occidentales con más tradición en la ejercitación física, los logros son modestos, pero para el proceso interno que experimenta la sociedad gallega o española, tanto cuantitativa como cualitativamente, se están dando acelerados pasos de gigante.

En los treinta y cinco primeros años del siglo XX las mujeres pasan del desafío de montar en bicicleta a competir a la luz pública con la ropa precisa para hacerlo, ya sea en tierra o en mar, a la par que su presencia se hace más y más habitual en el entramado asociativo, no solo en el que atañe de forma exclusiva a su género sino participando en asociaciones mixtas en las que son aceptadas por su valía deportiva o intelectual. La propia prensa, cuando menos buena parte de ella, estimula y alienta esta participación y en los años treinta se está produciendo una imparable difusión de la cultura deportiva entre una nueva generación de mujeres, que ya ni siquiera contempla al fútbol como un coto vedado a su condición.

Lo que acontece tras el golpe militar de 1936 pone fin a este proceso. Incluso, como amarga metáfora de la nueva realidad, antes de que acabe la guerra, fallecen prematuramente dos mujeres que representan a distintas generaciones y etapas en el impulso del deporte femenino, María del Río y María Antonia Sanjurjo. En definitiva, se pone fin a un proceso que además de haber generado una intensa actividad estaba apuntando logros aún mayores.

De todo este desarrollo quedan testimonios en la prensa o revistas de la época o en la memoria, ya en vías de extinción, de sus protagonistas. Sin embargo, las generaciones posteriores que configuran la sociedad que va del franquismo a la

transición y al mundo en que vivimos no han conservado memoria de todo este rico mundo de transformaciones. La dictadura franquista no solo truncó un pasado de modernidad sino que anuló su memoria, trasladando la imagen de miseria moral y material de la posguerra a todo el siglo XX, incluso al contexto de construcción del estado liberal decimonónico, tomado por decadente. Esta ocultación de la memoria del pasado también afectó a las nuevas generaciones que en los años sesenta comenzaron a rebelarse contra el régimen, y no pocos historiadores surgidos de este contexto pusieron el foco en una generación de intelectuales finiseculares que clamaban regeneración, dejando, sin embargo, en penumbra un mundo en el que las ciudades cobraban un nuevo protagonismo al impulso de una burguesía emprendedora, una clase media en expansión, un movimiento obrero que en unos casos aspiraba a la revolución y en otros a evitar su exclusión del sistema al igual que las mujeres.

La participación en la cultura deportiva se revela como un mecanismo para contemplar desde el prisma de la modernidad este mundo pasado, complejo, controvertido y en transformación, que a falta de memoria debe quedar en la historia.

BIBLIOGRAFÍA

Arenal, C. (1883). *La mujer del porvenir. La mujer de su casa*. Madrid. Lib. de Victoriano Suárez (t. de Obras Completas, 1916).

Bahamonde Magro, A. (2011). “La escalada del deporte en España en los orígenes de la sociedad de masas, 1900-1936”, en Pujadas, X. *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España. 1870-2010*. Madrid: Alianza Editorial, 89-124.

Birley, D. (1993). *Sport and the Making of Britain*. Manchester: Manchester University Press.

Domínguez Almansa, A. (1997). *A formación da sociedade civil na Galicia rural: asociacionismo agrario e poder local no concello de Teo. 1890-1940*. Compostela: Xunta de Galicia.

- (2009). *Historia social do deporte en Galicia (1850-1920)*. Vigo: Galaxia.

- (2011). “La práctica de la modernidad: orígenes y consolidación de la cultura deportiva en España, 1870-1914”, en Pujadas, X. *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España. 1870-2010*. Madrid: Alianza Editorial, 55-88.

Domínguez Almansa, A. & Pujadas, X. (2011). “Estadios y trincheras. Deporte y retaguardia en la guerra civil, 1936-1939”, en Pujadas, X. *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España. 1870-2010*. Madrid: Alianza Editorial, 169-201.

- Figueiras, J. (1931). *El pudor femenino*. Santiago: Tipografía del Eco Franciscano.
- García Martí, V. (1921). *Caracteres de la vida social y mundana*. Madrid: Editorial Pueyo.
- Insua, W. A. (1889). *Galicia contemporánea. Páginas de viaje*. La Habana.
- López Villar, C. (2012). “María Antonia Sanjurjo Aranaz” (en línea) <http://www.culturagalega.org/album/detalle.php?id=275> (Consulta 2012, 22 de junio).
- Miguez Macho, A. (2007). *La construcción de la ciudadanía a través de los movimientos sociales. El movimiento obrero en Galicia (1890-1936)*. Compostela: Fundación 10 de Marzo.
- Nóvoa, R. (1908). *La indigencia espiritual del sexo femenino*. Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores.
- Nucci, L. di (1986). “L’eroe atletico nell’epoca delle masse. Note sulla cultura del tempo libero nella citta moderna”. *Società e Storia*. 34, 867-902.
- Pujadas i Martí, X. (2011). “Del barrio al estadio. Deporte, mujeres y clases populares en la Segunda República, 1931-1936”, en Pujadas, X. *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España. 1870-2010*. Madrid: Alianza Editorial, 125-168.
- Santacana i Torres (2011). “Espejo de un régimen. Transformación de las estructuras deportivas y su uso político y propagandístico, 1939-1961”, en Pujadas, X. *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España. 1870-2010*. Madrid: Alianza Editorial, 205-232.
- Shorter, E. (1983). *A History of Women’s Bodies*. New York: Basic Books.
- Weber, F. (1986). *La France “Fin de Siècle”*. Cambridge: Belknap Press.